

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

COLECCION DE LOS ARTICULOS ORIGINALES DE «LA LECTURA POPULAR»

Van publicados dos tomos que se venden al precio de una peseta cada uno de ellos francos de porte en toda España. A: que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte. Dirigirse al editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 40, segundo, derecha, Madrid; acompañando el pedido con su importe.

SECCION RECREATIVA.

EL CUCHILLO DE LA PROVIDENCIA

Ruégote, querido lector, tengas un poco de paciencia, y leas este cuentecillo que, además de hacerte reír, tal vez te dé algo que pensar.

No dudo que tú serás un excelente católico, que irás á misa cada día festivo, que ayunaras en cuaresma, que comulgarás en Pascua y que procurarás cumplir todos los demás deberes que impone Dios y su Santa Iglesia; pero dispénsame una pregunta: ¿Confías mucho en la Providencia divina?

—Hombre, diré á usted; sí confío, pero, francamente, cuando me veo en algun apuro, suelo perder los estribos, porque me parece que se acaba el mundo.

—¡Ah! pues entonces perdóname te diga que en materia de religion tienes estropeado el muelle principal.

—¿Qué muelle?

—El de la confianza; ó lo que es lo mismo, el de tu propia felicidad. Por lo cual, y á fin de darte materiales para componerlo, voy á referirte el siguiente cuento que, siendo yo muchacho, me contó una tía mía, mujer muy piadosa y de excelente corazón. Se titula EL CUCHILLO DE LA PROVIDENCIA, y es como sigue:

Pues señor, allá por los años mil ochocientos y tantos vivía en Madrid una señora que se llamaba D.^a Ruperta, casada con un señor que se llamaba D. Lino.

Doña Ruperta era una mujer muy piadosa y muy buena; pero tan dada á pensar en el día de mañana, que aunque el Señor la estimaba mucho, andaba un poco disgustado con ella; y cuando la oía rezar novenas y más novenas, (porque

era muy rezadora), solía Él decir para sus adentros:

—¡Ay Ruperta, Ruperta! tú me alabas y bendices mucho con la boca, pero no me dejas poseer tu corazón.

Un día dijo el diablo al Señor:

—Señor, dejadme á D.^a Ruperta, que puesto que os ama á medias voy á ver si la meto las uñas.

—Bueno,—lo contestó Dios,—anda y tiéntala si quieres; pero ten presente que no por eso la dejaré de mi mano; pues yo no consiento que se pierdan mis hijos como no sea que absolutamente quieran ellos perderse. Ellos son libres para obrar; tú quedas autorizado para tentarlo; pero yo también quedo en libertad para auxiliarlos con mi gracia, á fin de que no puedan quejarse de mi justicia ni les falten medios para merecer mi gloria.

El diablo se restregó las manos de gusto, y de dos aletazos se arrojó sobre la casa de D.^a Ruperta.

Esta se hallaba en su gabinete; había recibido una carta de su marido, á la sazón empleado en la Isla de Cuba con un buen sueldo, y la leía con esa satisfacción que se leen siempre las cartas que vienen acompañadas de billetes de banco.

Su marido le escribía así:

«Querida Ruperta de mi alma: como todos los meses, adjunto tengo el vivísimo placer de enviarte el fruto de mis economías, que no son tantas por cierto como yo quisiera para darte la satisfacción que tanto anhelas de reunir pronto un buen capitalito y redondearte para la vejez; pero ten paciencia, hija mía, que ya te redondearás.

«¡Ay Ruperta Ruperta! que cansado estoy de vivir aquí! Como llevo pasada la fiebre amarilla, el cólera morbo y el vómito negro, francamente, hija, tengo miedo de dejar el pellejo en esta pícara tierra; pero ¡quién se vuelve á España sin darte gusto y proporcionarte el deseado capitalito! Sin embargo, pronto estaré á tu lado, y entonces, redondeada tú, podremos ambos pasar tranquilos lo que nos resta de vida.

«Adios, Ruperta de mis entrañas, cuida mucho á la cotorra, y recibe un estrecho abrazo de tu apasionadísimo

Lino.»

Doña Ruperta, alterada por la emoción cuando llegó aquí, en vez de apasionadísimo Lino leyó *apasionadísimo Lila*; pero aunque parece que se equivocó no se equivocó; pues, en efecto, D. Lino no era más que un *lila* en toda la extensión de la palabra.

Doña Ruperta, después de leer la carta, dió un suspiro.

Un suspiro de pena, porque aquel mes no había recibido más que tres mil reales.

Entonces, habiendo mandado cambiar los billetes en oro, se metió en su gabinete, sacó una calceta de punto de un tamaño descompasado, (pues es de advertir que la tal señora, aunque padecía de flato histérico, pesaba sus diez arrobas, y gastaba unas medias como costales) sacó, digo, una calceta de gran tamaño, y soltando una liga que tenía atada por la parte del tobillo para sujetar el gato, añadió á él las treinta monedas de á cinco duros recibidas á cambio de los billetes.

El gato de D.^a Ruperta tenía ya cola.

Doña Ruperta lo miró con satisfacción, y al colocarlo en el armario notó su peso y sonrió de gusto.

El diablo, en aquel momento convertido en araña y metido en su corazón, había empezado á urdir la tela y le hacía cosquillas.

—Ya tengo reunida buena cantidad; —dijo la esposa de D. Lino.—Pero ¡caramba! si á este bendito hombre me lo dejasen cesante, sería una desgracia. Pues, no digo nada, si se muriese. No quiero pensarlo. No me quedaban recursos ni para diez años.

Doña Ruperta se quedó meditando un rato en lo que le sucedería si su marido se moría antes de tiempo.

A poco desechó la idea que la atormentaba y quedó más tranquila.

Pero al día siguiente vino á la cabeza la cesantía y volvió á entristecerse.

Después se tranquilizó otra vez porque se acordó entonces, no del poder de Dios, sino del de una tía suya llamada Lorenza, que estaba empleada en palacio y era azafata de la reina.

—Mi tía la azafata, ¡caramba! no había yo pensado en mi tía la azafata. Vaya, vaya, no soy yo poco tonta con apurarme de este modo, teniendo en palacio esta aldiaba.

La infernal araña, que desde que había penetrado en el corazón de D.^a Ruperta no cesaba de tejer, alargó la pata y aseguró la tela en un punto más.

En la aldaba de palacio.

En los días siguientes D.^a Ruperta sintióse sucesivamente invadida, ya de fuertes temores de quedarse pobre, ya de grandes ilusiones de hacerse rica.

En tanto veíase con una caña en la mano pidiendo limosna en la puerta de las iglesias y que nadie le daba, y que le daba un desmayo, y que se moría de hambre, y que hasta tenía que vender la cotorra que era el animal que más quería en el mundo después de su Lino; ó ya se contemplaba redondeada y feliz con su calceta repleta de oro y su Lino regresando de América y su tía la azafata saliendo á recibirle, y hasta la aldaba de palacio repicando de alegría y alargándose al recién llegado para ayudarle á subir las escaleras de la fortuna.

Todos estos gozos y penas, bien distintos de los del glorioso San José; todas estas alzas y bajas del sentimiento, verdaderas sístoles y diástoles de la concupiscencia, venían de perilla al diablo para tejer su tela, pues las aprovechaba admirablemente como si fuesen los movimientos de un telar mecánico.

Efecto, pues, del infernal trabajo, jamás destruido por las llamas de la oración, los hilos fueron engrosando hasta convertirse en cordeles de azote, y la tela fué creciendo hasta formar una red que aprisionó el espíritu de D.^a Ruperta.

Desde aquel momento sus oraciones fueron cada vez más frías, y apenas consistieron ya en otra cosa que en meras palabras mezcladas con bostezos.

El alma de la cristiana señora vino á quedar como esos mosquitillos á quienes la araña envuelve perfectamente y deja inmóviles para chuparles las entrañas.

El diablo contempló su obra, y, considerando cogida á su víctima, soltó una carcajada que llegó al cielo.

El Señor la oyó, miró hácia la tierra, vió como se hallaba el alma de su sierva y tuvo compasión de ella.

—¡Infeliz!—dijo,—ha tiempo que tus oraciones me ofenden, porque solo me pides con la boca; pero al fin me pides y tendré compasión de tí.

Entonces, dirigiéndose á un ángel hermosísimo que tenía cerca de su trono,

—Ángel de la caridad,—dijo,—baja y ayuda á esa pobre alma á romper las ligaduras de su corazón.

El ángel bajó, y en el mismo instante oyóse tocar á la puerta de D.^a Ruperta.

Era un niño de ocho años, ciegucecito,

que pedía limosna tiritando de frío y con la sonrisa en los labios.

—¿Quién eres tú, niño?—dijo doña Ruperta.

—Soy el hijo del tío Estevan el carbonero que el año pasado traía el carbon á casa.

—Pero, hijo mio, ¿adónde vás tú solito? ¿Y tu padre?

—Se murió.

—¿Y tu madre?

—Tambien ha muerto.

—Pues entonces ¿con quien vives?

—Con nadie: de día pido limosna y de noche me recoje una vecina.

—¡Jesús María!—exclamó D.^a Ruperta sintiendo fuertemente conmovido su corazón.—¡Qué lástima de criatura! estoy por recogerla.

Los hilos de la telaraña crujieron con tanta fuerza que algunos se rompieron; pero el animalejo, rápido como un rayo, se lanzó sobre la red y empezó á componerla.

Doña Ruperta entró en su habitacion, y meditó un poco.

—Vaya,—dijo,—iba á prohibirme este niño, pero puesto que tiene quien le recoja no hay necesidad: lo que haré es darle una buena limosna.—Y sacando la calceta tomó una moneda de oro; pero luego la dejó y tomó una de plata que después dejó también.

—Va á perderla,—dijo para sí,—mejor será socorrerle poco á poco.

Y metiendo la mano en la faltriquera le dió un *perro chico*.

El ángel se volvió al cielo.

—Señor,—dijo,—con esa alma no hay quien pueda. Si no se la ayuda de otro modo más eficaz no hacemos nada.

El Señor oyó lo que le dijo el ángel, miró hácia el fondo del cielo y formuló un deseo.

En el acto se presentó ante el trono del Omnipotente otro ángel brillantísimo que llevaba en la mano un instrumento sumamente raro.

Aquel instrumento no podía compararse con ninguno de los que usan los cirujanos, y sin embargo parecía participar del carácter de todos ellos. Era así á modo de un gran cuchillo que al par que cortaba, pinchaba, quemaba y arrancaba. Era un cuchillo universal: el cuchillo de la Providencia.

—Gloria sea dada á vuestra infinita magestad,—exclamó el ángel, postrándose ante el trono de Dios.

—Ángel del dolor,—exclamó el Señor,—mucho siente mi corazón de padre usar con mis hijos ese instrumento de suplicio; pero mi misericordia no puede con-

sentir que se pierdan por evitarles lágrimas. Baja y dale un tajo al corazón de mi sierva Ruperta que en este momento hallarás en tal parte rezándome unas oraciones que ni ella misma entiende.

Efectivamente D.^a Ruperta se hallaba en aquel instante en su gabinete acabando una novena que terminaba así:

Señor, os entrego mi corazón, mi alma, con todas sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad. Todo es vuestro, absolutamente vuestro, y por eso lo pongo en vuestras manos benditísimas...

—Señora,—gritó la criada,—la sopa está en la mesa.

—Voy mujer, no me distraigas... en vuestras manos benditísimas, para que, como Padre amoroso, cumplais en mi vuestros designios que...

—Que se enfria, señora.

—Voy, mujer.... vuestros designios, que... ¡Caramba! ya me has distraído al llegar á los designios. Tendré que acabar después.

Doña Ruperta puso una señal en los designios y se sentó á la mesa muy satisfecha.

Mientras la criada le servía tomó un periódico y se puso á leer.

De repente dió un grito, y quedose pálida como un difunto. Acababa de leer el siguiente suelto:

«Ha sido declarado cesante con el haber que por clasificación le corresponde, nuestro distinguido amigo D. Lino Tragaldabas, que servía un alto puesto en la Isla de Cuba. No dudamos que el Gobierno de S. M., haciendo justicia á los eminentes servicios de tan distinguido hombre público, sabrá recompensarle los grandes sacrificios que lleva hechos en aras de la patria.

—¡Dios mio!—exclamó D.^a Ruperta,—¡mi marido cesante! estamos perdidos! ¿Qué vamos á comer ahora? ¿Qué comeremos ahora, Dios mio? ¡Dios mio! ¿qué vamos á comer ahora?

—Sopa, señora, sopa.—exclamó la criada queriendo calmar las angustias de su ama.

—Sí, hija mía, ahora comeremos sopa; pero ¿y mañana?

—Mañana Dios dirá, señora; y sobre todo ¿quién nos ha dicho que mañana viviremos?

—Es lo más seguro.

—Pues si es seguro que viviremos, también es seguro que Dios nos proporcionará otra sopa para que no muramos. Y además, ¿no dice ese papel que el Gobierno va á darle al señorito las aras de la patria?

—¡Ay Dios mio!—siguió exclamando

D.ª Ruperta, mientras soplaba como una ballena, atacada por el histórico. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El ángel del dolor regresó en aquel momento al cielo y entró en él limpiando su instrumento.

— ¿La has operado ya? — dijo el Señor.

— Sí, Señor, — contestó el ángel.

— ¿Y como se halla?

— Escociente, Señor, escociente. Como es el primer corte...

— Pobre alma, — exclamó el Señor, — pobre alma redimida con la sangre de mi unigénito ¡cuanto me apena hacerte sufrir! pero es preciso. Sin embargo, yo veré si respetando tu libertad, puedo evitarte nuevas operaciones.

A. C. y G.

(Se continuará.)

SECCION INSTRUCTIVA.

LA OBRA DE LOS CIRCULOS.

La creación de los Círculos Católicos de Obreros, está siendo hoy la obra que más llama la atención de Europa, porque es la fórmula más práctica que podía darse para resolver el pavoroso problema social que tanto apremia.

El mundo se corrompe porque se descristianiza. Para salvarlo hay que volver a hacerlo cristiano: prácticamente cristiano.

Para esto son los Círculos Católicos; en los cuales, el pueblo vuelve a encontrar lo que había perdido. Educación cristiana, enseñanza cristiana, distracciones cristianas, amistades cristianas y hasta recursos y consuelos cristianos.

Dichos Círculos pueden considerarse, pues, como unas fábricas de Cristo donde se forjan verdaderos hombres de bien.

Porque, hablemos claro y seamos francos: ¿dónde están los hombres de bien que ha hecho la llamada civilización moderna, o sea el moderno racionalismo?

¿Serán acaso esos mil desgraciados que se suicidan por haber perdido la fé?

¿Serán esos otros que sirven de carne de cañón en todas las revoluciones?

¿O serán los que persuadidos de que la propiedad es un robo no sueñan más que en apoderarse de lo ajeno?

No hay que cansarse; sin la fé de Cristo no hay virtudes sólidas, y sin virtudes sólidas no hay progreso ni sociedad. Bien claro lo están demostrando todos los descreídos que nos rodean y nos asedian con sus maldades, haciendo casi imposible la vida social.

Hasta periódicos tan liberales como «El Imparcial», convienen en que jamás hubo más ladrones, asesinos, estafadores, revolucionarios y desesperados que en la presente época.

No parece sino que el mundo se haya vuelto loco; y efectivamente loco se ha vuelto, como se vuelve loco todo el que pierde

la fé. Las inevitables miserias de la vida por una parte; y la ambición y la incredulidad por otra, hacen del hombre sin religión un loco de atar.

Este dato basta para comprender la importancia que tienen hoy todas las obras católico-sociales que tienden a salvar al pueblo de la corriente impía en que tratan de envolverle los que ha tiempo le descristianizan para explotarle.

Entre estas, una de las más importantes es la de los Círculos de Obreros, sobre cuya fundación deseamos decir algo para animar a las personas celosas de todas las poblaciones a que procuren crear centros de esta clase.

Para fundar un Círculo bajo el punto de vista legal basta solicitar del Gobernador Civil de la provincia el correspondiente permiso, remitiéndole con la instancia dos ejemplares del reglamento porque ha de rejirse.

El Gobernador remite el expediente a informe del alcalde; y si es favorable otorga el permiso, y queda autorizada la instalación de la sociedad.

Claro es que, entre católicos, esta no ha de intentar siquiera fundarse sin el beneplácito y autorización expresa del señor Obispo de la Diócesis.

Obtenida esta y elegido un local apropiado, puede ya inaugurarse la obra.

(Se continuará.)

A. C. y G.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuación.)

61. El tributo al César.

Los Fariseos y Escribas bien comprendieron que la parábola propuesta por Jesús, contra ellos se dirigía, hablando de los que habían reusado tomar parte en el banquete del rey. Llenáronse de ira y consultaron entre sí cómo cogerían a Jesús en alguna expresión, á fin de entregarle á la jurisdicción y potestad del gobernador. Por esto se resolvieron á enviarle unos discípulos suyos, juntamente con algunos partidarios de Herodes, los cuales tuvieron que decirle: «Maestro, bien sabemos que eres hombre amante de la verdad y que enseñas el camino de Dios, sin contemplación quien quiera que sea. Dinos pues: ¿qué te parece, es lícito pagar al César el tributo, ó no?» Pero Jesús conociendo la malicia de ellos, dijo: «¡Hipócritas! ¿Porqué me tentáis? Mostradme la moneda con que pagais el tributo.» Presentáronle un denario. Entonces Jesús les preguntó: «¿De quién es esta figura y esta inscripción?» Ellos contestaron: «Del César.» Y Jesús les dijo: «Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Cuan-

do oyeron esto se maravillaron de su sabiduría y se retiraron sin decir palabra alguna.

L. C. Businger.

VARIEDADES

Los que rezan y los que no rezan.

Segun dicen los periódicos, en Valencia ha ocurrido el domingo último otra sangrienta escena con motivo del rosario de la aurora. Los partidarios de la libertad de pensar atacaron á pedradas á los fieles que hacían la procesion dentro del patio de la iglesia, estropeando con una de ellas el Santo Cristo que llevaban delante. Entonces uno de los devotos, queriendo evitar aun á costa de su vida tan infame é injusto atropello, salió á la puerta y, de rodillas, rogó á los libre-pensadores que se retiraran.

Estos, por toda contestación, se arrojaron sobre él, y despues de tratar inutilmente de arrancarle el rosario que llevaba en la mano, le dispararon dos tiros y le dejaron tendido en el suelo con pocas esperanzas de vida.

Esto hacen los que se llaman libre-pensadores y no rezan.

Ahora volvamos la hoja y veamos lo que hacen los que rezan sin hablar tanto de libertad.

Hacia las dos y media de la mañana del mismo día, en la calle llamada de S. Isidro de esta ciudad, se declaró un violento incendio, tanto mas violento cuanto que procedía de una fábrica de fósforos.

No bien se oyeron las campanas toear á arrebato, cuando inflamados los religiosos Capuchinos que viven en esta población del deseo de hacer bien, se arrojan inmediatamente á la calle en número de quince con el guardian á la cabeza, y dirigiéndose al lugar del siniestro, toman por asalto la casa incendiada; y sin pensar en el grave peligro que corren, súbense unos al terrado provistos de picos, se cogen otros á las bombas, trabajando como leones, hasta que en unión de los Zapadores logran extinguir el incendio.

Un periódico de la localidad dice lo siguiente refiriéndose á uno de los religiosos:

«Sentimos no conocer el nombre del joven fraile capuchino á quien vimos ejecutar el siguiente hecho merecedor de nuestro elogio.

«Trataban en los terrados de las casas inmediatas algunos bomberos, de abrir la puerta del terrado de la casa número 2 de la plaza de S. Agustín para dirigir por dicha puerta una de las mangas y dar salida al fuego.

«El terrado amenazaba desplomarse, y ya las llamas aparecían por algunos resquicios abiertos en el entrevigado.

«De pronto dirígese el joven religioso al terrado y vá á saltar, pero visto el peligro, los zapadores le detienen, impidiéndole realizar su propósito. El fuego toma incremento y vá á propagarse á la casa in-

mediata irremisiblemente. Tan cercano mal se lamenta por todos; el valeroso capuchino de pronto se arroja de nuevo al terrado armado de una piqueta sin que nadie logre evitarlo. A los pocos golpes dados sobre la puerta, cede y se precipita por ella un volcan. Trata de volver el religioso al punto de partida; y cuando ya vá á llegar al terrado inmediato se desploma la techumbre. El momento fué terrible y allí hubiese perecido el caritativo religioso si los homberos con extraordinaria presteza no le hubieran cogido y suspendido en sus brazos volviéndole entre ellos sano y salvo.

Castigo.

El periódico *The Sun* de Nueva York, en su número de 14 de Agosto, refiere el hecho siguiente, como lo leyó en otro periódico, *The Middletown Argus*. Un caballero, residente en *Middletown Argus*, mientras la pasada semana (á principios de Agosto) hacía una excursión por el condado de Sullivan, tuvo la curiosidad de examinar en un pequeño cementerio cerca Fallsburgh ocho piedras sepulcrales, puestas todas en una misma línea y de tamaños exactamente iguales. Halló que eran los sepulcros de los hijos de un médico muy célebre, todos arrebatados por la muerte en la flor de la juventud desde el 23 de Noviembre al 19 del siguiente Diciembre del año de 1861: ¡una entera familia de ocho individuos enterrada en pocos días! Entonces se acordó de lo que había pasado en aquella fecha; por lo que, hablando con sus amigos, no dudó en afirmar que todos estos fallecimientos debían considerarse como un aviso de la Providencia en castigo de un blasfemo desafío lanzado contra Dios. He aquí cómo. Por el año de 1861 hubo en aquellas cercanías el terrible azote de la difteria, especie de maligna enfermedad en la garganta. En esta ocasión dicho médico se ocupó muchísimo en curar á los enfermos; y lo hizo con tal acierto y con tan felices resultados, que los que fueron asistidos por él, todos salieron libres y sanos. Las alabanzas de que era objeto le llenaron de orgullo hasta decir que ya podía curar todo caso de difteria: aun fué más allá; porque ciego de la pasión, *desafió á Dios Todopoderoso á producir un caso de difteria que él no pudiese curar*. En menos de una semana el primero de sus jóvenes hijos fué atacado de la terrible enfermedad; y á pesar de que el orgullo de profesor y el amor de padre le hacían tomar el empeño más decidido para aliviar á su hijo, este fué empeorando y en breve murió. Uno despues de otro, según el orden de nacimiento, los otros siete cayeron enfermos de la misma manera, murieron y fueron enterrados uno al lado de otro en un pequeño cementerio cerca de Fallsburgh. Le quedaba al infeliz padre una sola hija ya casada; pero esta también en pocas semanas cayó enferma y murió.—No entendió el infeliz que el médico aplica los remedios, pero Dios es el que dá la salud.

RECUERDOS
DE LAS ETERNAS VERDADES,

por D. F. JAVIER LOZANO.

(Continuacion)

LI.

Todo cuanto á mi camino,
Poniendo á mis pies un lazo,
Me sirviere de embarazo,
Lo detesto y abomino.
Si soy Señor, y domino,
Si mercader, y contrato,
Si rico, y gasto boato,
Y esto me impide el gozar
De Dios; debo abandonar
El mundo, el caudal y el trato.

LII.

Mas que se pierda el caudal,
La Corona ó la Tiara:
¿Qué es esto, si se compara
Con la gloria celestial?

Respecto de la inmortal
Vida que el cristiano espera,
Es una pura quimera.
Es un estiercol inmundado
Todo cuanto en este mundo
Mas se aprecia y se venera.

LIII.

Cuanto ayudarme pudiere
A lograr mi fin postrero.
Lo he de abrazar placentero,
Y sea lo que se fuere:
Si el enemigo me hiere,
Si la enfermedad me mata,
Si mi paciencia aquilata
Un calumniador tirano,
Tengo de besar la mano
Que me hiere y me maltrata.

LIV.

San Francisco con serena
Voz cantaba placentero:
*Es tan grande el bien que espero,
Que me es gusto toda pena.*

Por más que el mar me condena
Al temor de zozobrar
Si lejos de mi lugar
Un acaso me destierra,
Debo, por ir á mi tierra,
Arrojar el pecho al mar.

LV.

Todo cuanto tengo, y soy,
A solo Dios se lo debo,
En él vivo, en él me muevo
Y siempre con él estoy:
Ni un paso siquiera doy,
Ni tengo ser ni existencia,
Sin que deba á su asistencia
Un influjo el más feliz,
Siendo la causa motriz
De toda su providencia.

LVI.

Para honor más excelente
Que los que el mundo nos muestra,
Salió el hombre de la diestra
Del Señor omnipotente:

Por más que aquí represente
Papel de pobre y villano,

Si sigue (y está en su mano)
La senda de la virtud,
Logrará en la escelsitud
Del cielo ser soberano.

(Se continuará.)

Dichos notables de santo Tomás
de Aquino.

Quien no quiere sufrir, muy cerca está de caer.

Pobreza sin paciencia, es corta sin ganancia.

Religioso sin oracion, soldado sin armas.

Dos cosas hay que no comprendo: primera, cómo un hombre en pecado mortal puede reirse y alegrarse; segunda, cómo un religioso piensa en otra cosa que en Dios.

EL LIBERALISMO ES PECADO.

por D. Felix Sardá y Salvany, pbro., director de «La Revista Popular».

Quinta edición (con el Decreto de la Sagrada Congregacion del Índice), á 1 y medio rs. ejemplar en rústica, y 3 en tela.

PROPAGANDA CATÓLICA.

Van publicados cinco tomos, que contienen la mayor parte de los opúsculos publicados por el mismo autor. Está en prensa el tomo 6.º, que contendrá *El Liberalismo es pecado* y otros opúsculos.

Se vende cada tomo á 16 rs. en rústica, á 24 en tela con planchas doradas, y á 30 en tela y corte dorado.

Por cada diez de pago se dan dos gratis en rústica ó uno en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, Barcelona.

También se halla de venta en varias librerías.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se prepague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 30 cents.

Por medio de correspondal 25 cents. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo; y en Cuba, «La Historia», Remedios.